

MARTA GARCÍA ALLER

# EL FIN DEL MUNDO

TAL Y COMO LO CONOCEMOS



LAS  
GRANDES  
INNOVACIONES  
QUE VAN  
A CAMBIAR  
TU VIDA

 Planeta



MARTA GARCÍA ALLER

EL FIN DEL MUNDO TAL  
Y COMO LO CONOCEMOS

*Las grandes innovaciones  
que van a cambiar tu vida*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Marta García Aller, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: septiembre de 2017

Depósito legal: B. 16.569-2017

ISBN: 978-84-08-17538-4

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

*Gracias por estar ahí*



Ojalá las máquinas  
que un día dominen el mundo  
fueran las de escribir



—No sirve de nada intentarlo —dijo ella—.  
Uno no puede creer cosas imposibles.  
—Me atrevería a decir que usted no ha tenido  
mucho práctica —dijo la reina—.  
Cuando yo tenía su edad, siempre lo hacía  
media hora al día. A veces he creído  
hasta seis cosas imposibles antes del desayuno.

LEWIS CARROLL  
*Alicia en el país de las maravillas*



# Índice

Introducción al futuro <i>El principio del fin</i>	17
---	----

## PARTE PRIMERA COSAS QUE SE ACABAN

1. El fin del trabajo <i>De por qué los vendedores de seguros perderán sus trabajos, pero los dentistas no</i>	33
2. El fin de las cosas <i>De cómo estamos condenados a ser novatos para siempre y las enciclopedias desaparecieron del salón</i>	65
3. El fin del dinero <i>De por qué en Suecia las limosnas se pagan con tarjeta y Facebook aspira a ser el banco más poderoso del mundo</i>	81
4. El fin de los volantes <i>De cuando las ciudades no necesiten semáforos ni los robocoches controles de alcoholemia</i>	99

5. El fin de la fotografía 121  
*De por qué ya no se enmarcan los recuerdos al final del verano y será un lío rebobinar la vida entera*
6. El fin de las tiendas 139  
*De cómo el papel higiénico llegará a casa antes de que se acabe el último rollo*
7. El fin de los camellos 159  
*De por qué un cepillo de dientes puede provocar un secuestro y a la venta de drogas le pasará lo que a los videoclubs*
8. El fin del petróleo 173  
*De cuando la gasolina acabe como las boñigas de caballo*

PARTE SEGUNDA  
IDEAS QUE SE ACABAN

9. El fin de la conversación 187  
*De cómo WhatsApp acerca a los que están lejos y aleja a los que están cerca*
10. El fin del reloj biológico 213  
*De cuando la maternidad no tenga fecha de caducidad*
11. El fin de la privacidad 229  
*De por qué nadie tendrá secretos para Google*
12. El fin de la globalización 249  
*De cómo renacieron las fronteras en el mundo al revés*

13. El fin de los idiomas	271
<i>De por qué entenderemos todas las lenguas sin esfuerzo como hacía C-3PO</i>	
14. El fin de la muerte	287
<i>De cuando la ciencia consiga la vida eterna y elijamos si crionizar o digitalizar nuestros cerebros para la posteridad</i>	
Epílogo. El fin de la jubilación	
<i>De cómo nos pasaremos la vida siendo eternos estudiantes</i>	
	311
Agradecimientos	315
Bibliografía complementaria. <i>Qué ver y qué leer</i>	317



## Introducción al futuro

### *El principio del fin*

El siglo xx despidió países que parecían eternos, preceptos morales que habían durado mil años y dogmas científicos que resultaron no serlo tanto. Y en el XXI también diremos adiós a muchas de esas tecnologías, costumbres e ideas que nos han rodeado desde que nacimos. ¿Cuánto de lo que vemos se desvanecerá? La historia, como la vida misma, no solo avanza con lo que está por llegar, también (y sobre todo) con lo que dejamos atrás.

Los jóvenes de 20 años ya no recuerdan el mundo antes de Google. Cuando les cuento a mis alumnos en la universidad que hasta hace poco todavía utilizábamos unas cosas llamadas *cabinas de teléfono* y resolvíamos dudas en la enciclopedia *Larousse*, me miran como si fuera, efectivamente, del siglo pasado.

Consideramos avance tecnológico todo aquello que se inventó después de que nosotros naciéramos. Luego lo incorporamos al paisaje sin darle mayor importancia porque lo hemos visto ahí desde que alcanzamos a recordar. Las tecnologías más poderosas son aquellas cuyo misterio desaparece porque se dan, como los mejores amigos, por hecho. Se introducen en nuestra vida cotidiana hasta que son indistinguibles de ella. La electricidad es el mejor ejemplo. Em-

pezó a extenderse en el siglo xx para iluminar las casas y las calles. Poco a poco fue permeabilizando su poder hasta volverse imprescindible para todo.

Internet va camino de alcanzar ese estatus de invisibilidad. A principios de este siglo, conectarse a la red aún era tan aparatoso que hasta hacía ruido. La idea de que internet sonaba también divierte mucho a los más jóvenes. No sospechan que antes había que conectar el ordenador a la red por la línea telefónica y aquello sonaba como si los extraterrestres estuvieran tratando de decirnos algo a través del módem del salón. No puedo explicárselo a los alumnos con el ejemplo de *Encuentros en la tercera fase*, la película de Spielberg de 1978, porque tampoco la han visto. También es muy del siglo xx, cada vez más lejano para ellos.

No recuerdan cuando internet era todavía algo que había que ir a buscar, como quien va a la nevera a por un yogur. Solo podía encontrarse dentro de un ordenador. Y si alguien quería mandar un correo electrónico, el resto de la familia protestaba porque no podía llamar por teléfono hasta que el internauta (qué gran palabra aquella) terminara su conexión. «¡Hija, apaga eso! ¡A ver si nos van a estar llamando y no nos enteramos!» Porque allá por el siglo xx, las familias todavía se llamaban por teléfono de uno en uno en vez de escribirse mensajes todos a la vez.

En la última década, sin embargo, la conexión a internet ha pasado de los ordenadores al bolsillo gracias a los móviles. Y cada vez está en más coches, neveras y hasta en los cepillos de dientes. De hecho, ya se está integrando en las paredes de las casas, hasta en los nuevos termostatos inteligentes, y pronto será tan ubicua e invisible como la luz y el agua corriente. Todo funcionará con internet con la misma naturalidad con que vivimos rodeados de pilas y enchufes. Y eso lo cambiará todo. Como lo cambió la electricidad,

que alargó los días que antes solo duraban lo mismo que el sol. Empezó por llenar las casas de bombillas y de pronto lo mismo servía para llevar al hombre a la Luna que para hacer café por las mañanas.

Los grandes inventos tienen un profundo efecto transformador. Hasta que llegó el ferrocarril, no importaba el tiempo. Cada ciudad marcaba su hora en función del sol del mediodía. No solo Madrid y Barcelona, Mánchester y Londres o Berlín y Hamburgo tenían diferentes horarios, en cada uno de esos países muchos pueblos vivían en la suya porque solo se regían por el campanario de su iglesia. Si llegaba un forastero, ajustaba su reloj a la hora local. Por qué iba a importarles a los vecinos qué hora era en la capital.

La puntualidad es un invento de hace un par de siglos pensado, literalmente, para que no choquen los trenes. Hasta que las vías del tren hicieron el mundo más pequeño, la vida era profundamente local. Fue la locomotora de vapor la que le arrebató al sol la potestad de fijar la hora en la revolución industrial.

Cuenta Simon Garfield que cuando en 1820 se presentó el proyecto de ferrocarril entre Liverpool y Mánchester, la gente, atónita, creía que los pulmones se le aplastarían por semejante velocidad. ¡Casi cincuenta kilómetros en unas dos horas y veinticinco minutos! Aquella máquina reducía a la mitad el tiempo que lograba el coche de caballos.<sup>1</sup>

Aquel portento de la ingeniería que supuso el tren en el siglo XIX provocaba un desconcierto similar al que ahora inspira el supersónico Hyperloop. Pretende este nuevo proyecto

1. Simon Garfield, *Cronometrados: cómo el mundo se obsesionó con el tiempo*, Madrid, Taurus, 2017, ahonda en cómo el ferrocarril reinventó la concepción del tiempo que organiza nuestra vida desde la Revolución Industrial.

de transporte que la próxima década ya sea posible circular dentro de un cilindro, como una bala en el cañón, a unos mil cien kilómetros por hora. Hyperloop también promete hacer Madrid-Tánger en una hora. ¿Se nos aplastarán los pulmones?

Y si el ferrocarril cambió el mundo de arriba abajo, incluida la concepción del espacio y del tiempo, no debería extrañarnos tanto que ahora vuelva a pasar lo mismo. Si proyectos como el Hyperloop prosperan, encogerá de nuevo el mundo. Aunque la máquina más poderosa jamás inventada en virtud de la prisa y la inmediatez es sin duda internet. Estar siempre conectados es estar siempre ocupados. A todas horas y en cualquier parte.

Para entender hasta qué punto vivir en un mundo conectado va a cambiar nuestra existencia, pienso en la máquina de escribir Olympia Splendid de mi abuelo, que conservo como un tesoro. Recuerdo quedarme hipnotizada viéndole teclear velozmente con dos dedos. Me enseñó a escribir en ella cuando era un renacuajo.

Me encantaba el sonido de las teclas y el olor del títex que usaba para corregir los errores: había que esperar a que se secara y luego rasparlo con mucho cuidado con la uña. Nada me fascinaba tanto como sentarme a escribir, así que mi abuelo confiaba en que aquellos pequeños trucos me serían útiles cuando creciera. No podía imaginarse que ni el títex ni las máquinas de escribir sobrevivirían al cambio de siglo (la última fábrica que las hacía cerró en la India en 2011).

Veintitantos años después de probar por primera vez aquella Olympia, y seguro que gracias a ella, yo ya me ganaba la vida escribiendo. Solo que en un ordenador, claro. Una tarde de verano, en 2009, cuando mi abuelo iba camino de los 95 años, me pidió que le explicara qué tenía de especial mi portátil nuevo. Le dije que era más rápido y tenía más memoria.

«¿Cuántos folios caben dentro?», me preguntó. «Miles..., millones...», respondí desconcertada. Él asentía, con asombro, como si estuviera calculando cuántas vidas tardaría su nieta en escribir lo suficiente para llenar un aparato semejante. «Pero es que también se pueden meter vídeos, fotos...», añadí. «Claro, claro... Pero ¿cuántas fotos, así, más o menos?» Los ordenadores siempre fueron para él una máquina de escribir con pantalla. Y los folios, la única unidad de medida del todo comprensible.

Este es el problema de hablar del futuro. No solo no han llegado todavía las tecnologías que van a cambiarnos la vida en las próximas décadas. Ni siquiera se ha inventado el lenguaje apropiado para entenderlas. Igual que mi abuelo trataba de razonar la capacidad de mi portátil comparándolo con su vieja Olympia, tendemos a pensar que con las máquinas del futuro podremos hacer lo mismo que ahora, pero más rápido o con más capacidad. Que llegarán mejores teléfonos, ordenadores más potentes y un internet mucho más veloz. Y lo más probable es que no necesitemos nada de esto o ni siquiera lo llamemos así. Igual que hace tiempo que dejó de tener sentido explicar la potencia de un coche imaginándosela en función del número de caballos a los que equivale.

Por eso este libro busca entender lo que se avecina fijándonos en todo aquello que estamos a punto de dejar atrás. Eso sí que lo entenderemos. Y si en el siglo XIX se inventó la puntualidad y en el XX dijimos adiós al títex, ahora va a tocar despedirse de muchas otras cosas. Por ejemplo, del petróleo, de los taxistas y de las cajas registradoras.

No solo las cosas caducan, también las ideas. Y es muy improbable que dentro de veinte años conservemos nociones como las de la privacidad y el reloj biológico, conceptos ambos, igual que *Encuentros en la tercera fase*, también muy

del siglo xx. Y, mucha atención al futurible más inquietante de todos y en el que ya trabajan grandes científicos: el fin del envejecimiento e incluso de la muerte, tema que abordaremos al final del libro.

El porvenir no va tanto de las cosas que empiezan. Lo que venga lo entendemos, sobre todo, con aquello que se acaba. Igual que cuando miramos una foto de hace treinta años lo primero que nos llama la atención son todas esas cosas que sin darnos cuenta desaparecieron de nuestra vida cotidiana. Del *walkman* a las hombreras, pasando por el humo de tabaco inundando los bares. Fijándose en lo que ya no está es como mejor se entiende el paso del tiempo. Y por eso lo mejor para entender lo que vendrá es detectar el próximo anacronismo, las hombreras del presente. Porque el futuro no existe. Solo es una ilusión.

## **Futuros fallidos**

El pasado está lleno de predicciones que nunca sucedieron. Y de futuros que envejecieron muy rápido. Se anuncian cada poco avances presuntamente fascinantes que caducan rápidamente en el olvido, porque las épocas de mucha innovación lo son también de fracasos constantes. Como periodista he asistido a decenas de presentaciones de tecnologías revolucionarias que prometían cambiarnos la vida y que a los pocos meses nadie recordaba. Como Second Life, aquel mundo virtual creado en 2007, que en paz descansa. Hubo hasta líderes políticos que daban allí sus mítines creyéndose pioneros de algo que dejaría huellas en la historia.

Un amigo que hace una década se apuntó emocionado a aquel invento me recordaba hace poco que él también creía estar haciendo historia al crearse otro yo en Second Life. Pero

le resultó tan complicado manejarse en ese planeta virtual, he ahí su fracaso, que ni siquiera superó la fase de vestir a su avatar. Todavía se pregunta si su pobre *alter ego* virtual seguirá vagando desnudo por ese universo paralelo y desierto.

Que algo sea posible no quiere decir que vaya a funcionar. Y en un mundo que cambia tan deprisa como el actual, un poco de escepticismo no viene mal. Hay que poner en perspectiva un presente tan volátil y repleto de inventos del siglo en el olvido.

Tampoco conviene pecar de excesiva incredulidad. «Creo que hay un mercado mundial para unos cinco ordenadores», pronosticaba en 1943 Thomas Watson, presidente de IBM. Por cierto, España es el único país en el que se utiliza la palabra *ordenador*, porque aquí lo de PC (*personal computer*) sonaba demasiado comunista.

En el Museo de Historia de la Computación de Silicon Valley, una sala dedicada a los robots muestra que hace más de medio siglo que la inteligencia artificial promete revolucionar el futuro. Allí se expone el primer ordenador pensado para el hogar: se llamaba Honeywell y se puso a la venta en 1969. Era un robot de cocina que ni siquiera cocinaba. Abultaba tanto como un piano y su procesador tenía una memoria de 4 K (más o menos, como un emoticono). Invitaba a las amas de casa a que aprendieran a programarlo para tener sus recetas organizadas «simplemente apretando algunos botones». El invento costaba el equivalente a unos sesenta mil euros de ahora. No se vendió ninguno.

«¿Por qué iba nadie a tener un ordenador en el hogar?» Esa fue la interpretación de los expertos de la época para explicar el fracaso de aquel invento frustrado. El cacharro no serviría para mucho, pero tampoco el diagnóstico de por qué falló. La mayoría de los expertos seguían convencidos, en los años setenta del siglo pasado, de que la informática

solo les interesaba a ellos y nunca llegaría a convertirse en un mercado de masas.

En 1981, cuando IBM lanzó el ordenador personal, volvieron muchos gurús a pronosticar que se estrellaría. Esta vez, sin embargo, sí que empezó la revolución. Y casi nadie la había visto venir. También llegó sin previo aviso el *boom* de las webs en los noventa; y desde hace apenas una década algo llamado *redes sociales* ha colonizado nuestra vida digital sin que nos enterásemos.

No hay como leer escritos de hace veinte años, firmados por expertos en prever el futuro, para tomarse con cautela el arte de la predicción. En 1995, cuando internet empezaba a ponerse de moda, la revista *Newsweek* publicó un artículo titulado «The Internet? Bah!». Era del astrofísico Clifford Stoll y explicaba por qué, pese a llevar desde los setenta trabajando en internet (término que entró en el diccionario de Oxford en 1974), estaba convencido de que la red jamás se convertiría en algo masivo. Las voces que prometían un internet para todos los públicos no le parecían más que un camelo. Insisto, 1995:

Hay visionarios que pronostican un futuro de teletrabajadores, bibliotecas y aulas interactivas multimedia. Hablan de reuniones virtuales de personas y comunidades. El comercio y los negocios pasarán de vivirse en oficinas y centros comerciales a redes y módems. Y la libertad de las redes digitales hará el gobierno más democrático.

Es un camelo. ¿Acaso carecen nuestros expertos informáticos de todo sentido común? La verdad es que ninguna base de datos en línea sustituirá su periódico diario, ningún CD-ROM puede tomar el lugar de un maestro competente y ninguna red informática va a cambiar la forma en que funciona el gobierno. [...] Nicholas Negroponte, director

del MIT Media Lab, predice que pronto vamos a comprar libros y periódicos directamente a través de internet. Uh, seguro.

Hasta la década de 1980, internet era cosa de académicos y expertos. Lo que conocemos como World Wide Web se creó en 1990 y hasta 1993 estaba incluso prohibido hacer uso comercial de ella. Cuando Stoll publicó aquel artículo, acababan de llegar los primeros navegadores (Netscape, en 1994) y buscadores (Yahoo, en 1995), pero no estaba nada claro todavía si internet podría convertirse en algo para el gran público. Quedaba todo por hacer. Merece la pena, de verdad, volver por un instante a estas previsiones tan desatinadas (pero comprensibles en aquel contexto) de 1995:

Nos prometen que habrá compras online por catálogo con solo hacer clic. Que compraremos billetes online en la red, reservaremos en restaurantes y negociaremos contratos. Las tiendas se volverán obsoletas. Entonces, ¿cómo es que el centro comercial de mi barrio hace más negocio en una tarde que el que todo internet mueve en un mes? Incluso aunque hubiera un modo seguro de enviar dinero por internet —que no lo hay—, la red se olvida del ingrediente más esencial del capitalismo: los vendedores.

En 1996, en España solo había setenta mil usuarios de internet. Y 50 millones en todo el mundo. Ese año se celebraba en Madrid el I Congreso de Usuarios de Internet. Telefónica acababa de empezar a comercializar el servicio (por 149 pesetas cada conexión, lo mismo que una llamada urbana). «En España todavía queda mucho camino por recorrer para considerar habitual la figura del internauta: un sujeto capaz de pasar horas delante de una pantalla envian-

do y recibiendo información», escribía sobre aquel congreso el periodista Santiago Carcar, en una de las primeras crónicas en las que la palabra *internet* aparece en el diario *El País*.<sup>2</sup>

Han pasado veinte años, y aprovechando que somos compañeros en las tertulias de *La Brújula* de Onda Cero, le pregunto a Carcar si recuerda aquel artículo suyo. Entre risas, no solo reconoce «lo difícil que era explicarles a los lectores de los noventa en qué consistía aquello de internet», también que era imposible no dudar de si realmente iba a interesarle a alguien. No había más que ver el lenguaje con el que los informáticos explicaban a los usuarios cómo comprar por internet hablándoles de *browsers*, llavecitas con protocolos TLS y un navegador llamado Netscape. «Entonces eran una panda de frikis y ahora, fíjate», bromea Carcar.

Pues bien, apenas transcurrida una generación, no solo compramos por internet, sino que hay muchos sectores que están desapareciendo a pie de calle. El fin de las tiendas, tal y como se concibieron en el siglo XX, ya se está produciendo. También la compraventa de drogas, por cierto, está en plena transformación digital. Y a los camellos podría pasarles lo que a los videoclubs si el lado oscuro de la red continúa ganando peso en los negocios ilícitos.

No conviene menospreciar el error del astrofísico que no le veía futuro a las compras online, ni de los expertos que no creyeron que el PC fuera a funcionar o los gurús de internet que no anticiparon las redes sociales. Puede que cuando tengamos la próxima gran innovación delante de nuestras narices no la veamos hasta darnos de bruces con ella.

Por eso este libro no va a adivinar el futuro, sino a mostrar las grandes tendencias que ya están aquí y cómo nos están

2. Santiago Carcar, «Navegar a golpe de tecla», en *El País*, 15 de febrero de 1996.

cambiando la vida a una velocidad de años de perro. Suceden tantas cosas que cada año que pasa parecen siete. Entendiéndolo mejor podremos prepararnos para lo que viene.

Fiarse o no de los vaticinios de más de un centenar de expertos (ingenieros, neurocientíficos, biólogos, economistas, sociólogos, abogados, lingüistas...) que nos acompañarán a lo largo de estas páginas será decisión del lector. Muchos no se ponen de acuerdo en lo que vendrá. Tienen más claro, sin embargo, lo que está desapareciendo sin que nos demos ni cuenta.

Así que el futuro del que hablaremos es el que ya está aquí. En la próxima década, las calles se llenarán de coches que se conducen solos, los trabajos de robots y las casas de asistentes virtuales que se activan con la voz. Y muchas de las profesiones que hoy conocemos correrán la misma suerte que en el siglo pasado vivieron los serenos, el fax y la Unión Soviética.

Si desaparecen, como apuntan cada vez más estudios, más de la mitad de los empleos que aún existen, habrá que reorganizar la sociedad entera. Incluso la idea misma del trabajo cambiará radicalmente. ¿Qué pasará con los millones de personas cuyos empleos dejarán de ser humanos? ¿Cotizarán los robots? Son dilemas del presente en busca de solución.

Las mejores herramientas que puede dar un manual de instrucciones para el futuro son las preguntas. Cuando todo cambia tan rápido, ante tanta incertidumbre, conviene dudar. Dudar mucho.

Cada vez que alguien recela de que los robots puedan efectivamente cambiarnos la vida le pregunto, si tuviera que elegir, si preferiría salir de casa sin móvil o sin ropa interior. ¿Un día entero sin bragas o sin móvil? Sigo buscando a alguien que elija lo segundo. Solo llevamos una década con el

*smartphone* y ya resulta difícil imaginar un día entero sin él. A saber qué consideraremos imprescindible en 2025.

Renunciar a la ropa íntima era solo una provocación. La realidad es mucho más inquietante: un 46 por ciento de la gente reconoce directamente que no podría vivir (¡vivir!) sin móvil. E incluso preferiría soportar una agresión en sus propias carnes a que la sufriera su teléfono.<sup>3</sup>

Con los móviles hemos ganado mucho, pero también lo estamos perdiendo. La vida hiperconectada no solo ha cambiado la forma en la que nos comunicamos, también hasta cómo nos enfadamos y nos enamoramos. Además de la capacidad de concentración, con los móviles estamos perdiendo el hábito de hablar en persona. Nos arriesgamos, de hecho, al fin de la conversación y, con ella, de la empatía. Aunque, quién sabe, puede que en ese futuro lleno de robots ya no las necesitemos.

No olvidemos que los grandes inventos no solo nos hacen la vida más fácil, también transforman nuestras necesidades. Desaparecen muchas cosas mientras emergen otras nuevas. La clave está en cómo hacer para que lo nuevo nos compense lo que dejamos atrás. Y más importante que pre-sagiar lo que viene es estar preparados para adaptarse al cambio en un mundo en permanente transformación.

Si la llegada del ferrocarril cambió la concepción del tiempo, qué no alterará una tecnología capaz de hacer pensar a las máquinas. Este viaje al futuro avanza tan deprisa que el paisaje se ve borroso desde la ventana. Y más que se verá si viajamos en esa especie de trenes a más de mil kilómetros por hora. Para intentar entenderlo, parémonos un rato en la próxima estación. Estas páginas son un alto en el

3. Adam Alter, *Irresistible: The Rise of Addictive Technology and the Business of Keeping Us Hooked*, Nueva York, Penguin Press, 2017.

camino para echar un vistazo alrededor, descubrir dónde nos encontramos y, sobre todo, lo que vamos dejando atrás.

Como le dice la reina a Alicia cuando llega al País de las Maravillas, tenemos que creer en cosas imposibles más a menudo. Solo así estaremos preparados cuando se hagan realidad.